

VIRTUDES HEROICAS DEL VENERABLE JACINTO VERA DURÁN

Julio Sánchez

El papa Francisco acaba de aprobar por decreto el reconocimiento de las virtudes heroicas del primer obispo de Montevideo, Jacinto Vera Durán, originario de Tinajo, Lanzarote. En esta revista escribí cuatro artículos sobre su vida y obra en el año 2005, entre junio y noviembre. Jacinto, engendrado en Canarias, nació el altar mar. En efecto, sus padres Gerardo de Vera Cabrera y Josefa Durán Martín, eran naturales de Tinajo, Lanzarote. Se casaron en 1800 y a finales de 1812 emigraron con sus tres pequeños hijos para América, como muchos canarios. Josefa iba embarazada de dos meses. Dio a luz a un niño en altar mar el 3 de julio de 1813. La nave hizo escala en la ciudad brasileña de Santa Catalina, Brasil, hoy Florianópolis, donde fue bautizado con el nombre de Jacinto en la iglesia de Nuestra Señora del Destierro el 2 de agosto de 1813. Su padrino fue Juan de Bethencourt Machado, capitán del navío. El destino final del viaje era Uruguay y allí se establecieron, primero en Toledo y luego en Canelones, donde existía una numerosa colonia de canarios. De joven compaginó el trabajo en el campo, ayudando a su padre, con los estudios eclesiásticos, que inició en la parroquia hasta que se trasladó al seminario de Buenos Aires, donde fue ordenado sacerdote el 6 de junio de 1841.

Nuestro amigo Josetxo, que actualmente ejerce el ministerio en Uruguay, me ha enviado la carta que escribió el obispo de Canelones, don Alberto Sanguinetti Montero, miembro de la comisión para el proceso de canonización del obispo Jacinto Vera, que transcribo:

“Queridos hermanos: Gracias, paz y gozo en el Espíritu Santo.

Hoy 6 de mayo, día del tránsito de Mons. Jacinto Vera, se publicó que el Santo Padre, nuestro Papa Francisco, aprobó el decreto por el cual se reconocen la santidad y las virtudes heroicas de Mons. Jacinto Vera Durán, que en adelante ha de ser tratado como Venerable, es decir, digno de veneración por la santidad de su vida. Este hecho ha de ser un motivo de inmenso gozo para todo el Uruguay, pero lo es sin duda de un modo especial para Canelones.

El Venerable Jacinto se crió en tierras de canarios inmigrantes y en ellas trabajó con sus brazos. Su familia estuvo desparramada por Toledo, donde vivió e hizo la primera comunión, en Canelón Grande, Santa Rosa y San Antonio, Canelones y San Jacinto. Su vida de servicio sacerdotal la entregó en la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe de Canelones, cuando su jurisdicción abarcaba desde Santa Lucía, hasta Mígues, Tala y San Ramón. En estas tierras se desvivió por llevar el Evangelio, dar gloria y culto a Dios, atender a los pecadores, cuidar a los enfermos, ayudar a los pobres, con dedicación a la instrucción de los niños y el acompañamiento de los ancianos.

Por cierto la santidad personal, su oración perseverante, su generosidad sin límites, su pobreza personal, su amor al prójimo y su caridad pastoral, continuaron creciendo, derramando su gracia divina todos los años que como Vicario Apostólico y primer obispo de Uruguay se desvivió por la gloria de Dios y la salvación de su pueblo.

Así, el Venerable Jacinto Vera, fue padre y patriarca de la Iglesia de Uruguay, fundador del clero nacional, padre de los pobres: el hombre más conocido y querido por nuestro pueblo en la segunda mitad del siglo XIX.

Habiendo vivido y muerto con fama de santo, ha culminado el largo proceso por el cual la Iglesia proclama el reconocimiento de su santidad y de sus virtudes heroicas.

A la alegría de todos, uno y comparto la mía personal que embarga mi corazón. Serví a su causa por casi 40 años. Fui miembro y trabajé en la Comisión pro canonización de Mons. Vera desde fines de los años 70, cuando nos aprestábamos a celebrar el centenario de su muerte, acaecida en 1881. Pero principalmente trabajé más de quince años de investigación y estudio, para escribir el extenso alegato la *Positio*, que hiciera posible su proceso de canonización. Comparto la convicción de don Juan Zorrilla de San Martín, cuando aseveraba que con el reconocimiento de la santidad de Mons. Vera se santificaría todo el Uruguay. Esa es nuestra esperanza y nuestro gozo.

Ahora bien, para que se le pueda dar culto público y litúrgico al Venerable Jacinto Vera la Iglesia pide un signo de Dios, un milagro, que pueda ser analizado canónicamente. Por eso exhorto vivamente a que, junto con la alabanza y la acción de gracias al Padre, se ore intensamente en las parroquias, colegios y diversas comunidades, en las familias e individualmente, pidiendo a Dios nuestro Señor, que haga el milagro por intercesión del Venerable Jacinto Vera, que permita a la Santa Iglesia inscribirlo en el número de Beatos, a fin de que podamos celebrar con gozo su fiesta litúrgica.

Que el Venerable Jacinto nos mueva al amor de Dios y al prójimo, para que con la alegría del Evangelio, llevemos por todas partes el conocimiento de Jesús.

Con el corazón lleno de profunda alegría los bendigo de corazón. + Alberto, Obispo de Canelones.